

# René Rodríguez Soriano: "Soy apenas un pastor que va despertando ovejas dormidas"

Por JOSÉ RAFAEL LANTIGUA / Biblioteca

Lo conozco desde hace unos diez años. Al principio, muy superficialmente, guardando las distancias informes que establecen con rigurosidad casi espartana, con actitud de veleidosa duda, los abismos de la conducta humana. Después, más hondamente, en su trajinar de poeta rompedor de cercos y proclamas, en su ejercicio narrativo igualmente revelador, en su labor profesional de publicista y, desde luego, y sobre todo, en su condición humana, muy en la onda de la bondad reciclada que no teme colocarse un cuchillo en la boca para salir a espantar miserias. Me ha gustado siempre su poesía y su labor cuentística. Aprecio sus venas expresivas, su sangre de escritor forjado para soliviantar excrecencias y, por sobre otras cosas, admiro su postura de rinoceronte que embiste flaquezas. Sepulta dogmas y aplasta preceptos. Todo sazonado con abundantes dosis de humor, de un humor luminoso como pocas veces se escribe en este suelo. Este encuentro con René Rodríguez Soriano deja establecidos sus criterios sobre la forma y el fondo con que construye su haber literario. Y, además, entre muchos otros ademases, ofrece una visión, lo más llana, clara y gustosamente posible, de la personalidad literaria de este valioso y quizás nunca bien ponderado escritor dominicano.

"Pasible de demanda"

--¿Cómo te inicias en la literatura? ¿Cómo se desarrolla en ti la vocación literaria?

—En los años sesenta, en primero o segundo del bachillerato, manoseando la Gramática de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña, se me ocurrió imitar, rehacer, con la misma cantidad de sílabas y versos, algunos de los poemas y textos que ilustraban ese libro de tan grata recordación. Esa travesura se tropezó de repente con la muchacha que se adueñó de mis primeros desvelos -lamentablemente, ella nunca lo supo-. Llené todo un cuaderno -de los azulitos de entonces-, los que ya no traían la foto del "Perínclito" (Rafael Leonidas Trujillo Molina, Benefactor y Padre de la Patria Nueva, Primer Maestro, Generalísimo y Doctor), y en la contratapa, uno podía aprenderse las tablas o el Himno Nacional. Derramé en aquellas inocentes páginas montones y montones de adjetivos, adobados y ensalzados con pizquitas de canciones de la época, cartas de amor de mis hermanos mayores o del "Libro de Oro de los Piropos y Cartas de Amor", que leía con fruición junto a uno o dos amigos más que andaban conmigo en estos afanes. (Ahora que lo recuerdo, caigo en la cuenta de que soy pasible de demanda, pienso que una muchacha que trabajaba en casa de mis padres se suicidó con la melcocha lacrimosa que guardaba en mi cuaderno; no los volví a ver más, no sé dónde andarán, si andan -ella y mis balbuces-, quizás mi más pura poesía). Después, en la universidad, a principios de los setenta, en la gloriosa Cafetería de Humanidades, me envolví sin retroceso, junto a una horda de imberbes, en un convite de algo así como de fraguadores de mariposas en su tinta. Lo fui tomando en serio, leyendo más cada vez, hurgando, haciendo y rehaciendo todo lo hecho y lo por hacer. Quizá me encontré con la poesía y la buena literatura en el momento en que comenzaba a cabalgar, todavía con la inseguridad de un recentino, al ABC de la lectura en la biblioteca de mi hermano mayor, uno dos anaqueles atestados de libros y revistas, donde comencé primero, a arrancar las figuras que, por su cromatismo me llamaban la atención, luego a leer o balbucear una que otra cosa que provocara mi párvulo interés.

—Fuiste inicialmente, y por varios años, poeta. Autor de varios poemarios que constituyeron, sin dudas, una ruptura, un nuevo enfoque si se quiere del quehacer poético, partiendo de la concepción que ustedes -los del Colectivo ...Y Punto!- enarbolaban, si no creo estar equivocado. Después cambiaste al cuento y desde hace algunos años parece haber cambiado tu trayectoria. Explícanos eso.

—Sigo siéndolo. Una cosa no excluye la otra. Pienso que, por encima de todas las cosas, soy escritor, igual podría decirse que ser humano, sin necesidad de enarbolar fronteras, géneros y otras miserias. Ahora bien, no niego que me siento mejor haciendo lo que hago actualmente que, en el fondo, no difiere un abismo de lo que hice antes, bajo la etiqueta de poesía. Mis textos, generalmente, cuentan algo, lo cuentan todo a la vez, como diría Marguerite Duras, cuentan una historia que ocurre por la ausencia de esa historia.

"Mis personajes son libres"

—Mencioné a "...Y Punto!" ¿Qué pasó con el grupo? ¿Faltó coherencia en los ideales, un mecanismo de pensamiento y de creación que los mantuviese unidos? ¿O sencillamente, se dispararon cada uno hacia nuevos derroteros?

—Quizás no sea tiempo aún para hablar de ...Y Punto! La historia de nuestro país es una historia de exclusiones, de silencio cómplice, de memorias con páginas en blanco y la impunidad de nunca acabar o, entre nosotros, los aún sucios del líquido amniótico, los herederos del odio, candidateándonos siempre, pontificando y mentádoles las madres a los que nos laceran, para llegar nosotros, besar al enemigo, conciliar, apoltronarnos allí y seguir lacerando a los que antes agitaban banderas junto a uno contra el "stalinismo ambiental" que reparte y quita premios, viajes, becas, representaciones y posiciones. Quizás muy pronto oigamos hablar de ...Y Punto!

—Creo que tienes un estilo muy peculiar para elaborar tus cuentos, una actitud formal que remonta a ciertos narradores continentales. ¿Es cierta mi apreciación o simplemente tratas de crear un estilo como cuentista?

—No creo. Es más, no sé. Tal vez. Quizás. Pero sí puedo decirte que no me concreto en volcar sobre el papel lo primero que se me ocurre. Exploro. Hurgo y confronto lo poco o mucho conocido, y luego trato de decir o contar las cosas de esa manera que las cosas exigen que se las cuente o se las nombre; ya lo dije, mucho antes que yo y con toda la autoridad que su calidad le confiere (hablo de ese otro tío padrísimo, Felisberto Hernández): "... yo no sé como hago mis cuentos, porque cada uno de ellos tiene vida extraña y propia". Mis personajes son libres, desde el momento que salen por mis dedos comienzan a cuestionar mi chata realidad y me despeinan las horas. Hacen añicos mi cordura. Componen y descomponen la música, los colores y los pájaros que vuelan sobre la quieta mar. Soy apenas un pastor que va despertando ovejas dormidas que luego se revuelcan sobre el prado y hacen con su carne, su lana y su leche lo que se les venga en ganas, soy quizás el más desinformado de los guías turísticos.

—¿Tienes alguna preferencia por la labor cuentística de escritores dominicanos, viejos o jóvenes?

—Sí, por encima de todas las rebatiñas, diatribas y mezquindades. ¿Cuántas hectáreas de silencio, José Rafael, se necesitarían para borrar de la faz de nuestra narrativa a "La bella nerudeana" y "De hombres y de gallos", de Rueda o "El recurso de la cámara lenta", de mi cordial Ramón Tejada Holguín y muchos tantos textos con quilates de más para pasar sin visa todas las fronteras de la mentida calidad que nos venden? No sé, pienso que alguien vendrá, la lluvia quizás, y limpiará los cristales y se verá lo que hay que ver que no se ve.

—Eres publicista. Algunos han creído que la publicidad desacelera la buena producción literaria y

cercena la obra del escritor. ¿Qué ha sucedido en tu caso?

—Pienso que ese estigma, el tiroteo verbal contra los publicistas, es cosa del pasado. Muchos de los que enarbolaron la consigna y, hasta incluso, nos bombardearon sus piedritas en los bien definidos suplementos de la época, hoy viven más o menos acomodados a la sombra del cochino capital de los que adormecen "el pueblo", vendiendo vaselina, agua en polvo y almidón. Además, ahí está, aunque brutalmente trunca, la obra del otro René, de Efraím Castillo, la de Alfonseca e Iván García. El tiempo dirá, ustedes, los lectores, en definitiva los destinatarios, magnos jueces. Yo, mientras, trataré de hacer lo que me toca con toda la rabia de mis vísceras.

"Narrar sin preservativos"

—Existen algunas normas casi clásicas para escribir cuentos. Las de Bosch, las de Cortázar... ¿Son válidas para ti esas normas, o quizás deba pensarse ya en superarlas?

—¿Acaso ellos, los creadores de las normas, Quiroga, Bosch, Cortázar, las acataron a la hora de escribir sus cuentos? ¿No sería que, después de la obra hecha, se sentaron y, un poco por..., bueno, esos pobres muchachitos, "los puñitos rosados" de los que hablaba Andrés L. Mateo, no entren a este asunto (o sea, narrar), sin preservativo alguno? Para serte franco, no soy muy amigo de las normas, me hastían los consejitos, las formulitas. De ahí que he optado por ignorar todo eso y enfrentarme de tú a tú con todos ellos, con su obra y el derroche de técnicas que han puesto en práctica a la hora de abordarla. Jamás he leído el manualito del Profesor ni el decálogo de Quiroga, hace mucho tiempo leí lo de Cortázar, sólo lo leí. Hay más enseñanzas en cualquiera de los cuentos de cada uno de ellos y los demás maestros, que en las pocas líneas de reflexión que, en cualquier momento, emborronaron. Tengo mucho que agradecerles a mis tres tíos padrísimos: Cabrera Infante, Cortázar y Felisberto Hernández, para no hablar de Borges, de Poe y de Chejov. Recuerdo que cuando escribí mi primer cuento, se lo di a leer a un compañero más aventajado en estas lides y él, conocedor, glamorosamente laureado, me agarró el susodicho texto y trapeó la acera con él, me devolvió un ensayo con más páginas que las que había escrito yo, me soltó una serie de pautas y pasos que había que conocer y manejar para poder escribir un cuento. Yo, al final, casi al borde del suicidio, guardé ambos fajos y pensé dedicarme a montarle los pasos a un combo (que en ese tiempo todavía no eran tantos). Finalmente, un día lo retomé y, con la ayuda de unas tijeras, armé un cuento que quedó en Tercer Lugar en el Concurso de Cuentos de Casa de Teatro 1986 ("Julia, noviembre y estos papeles"). Reconozco que es un texto extraño, pero ese era mi objetivo, tratar de hacer algo que rompiera con lo que, según mi amigo, establecían todos los preceptores y preceptistas de la narrativa breve, un texto con tantos personajes que no cabían en la Sala Principal del Teatro Nacional. Pienso en él, mi amigo, mi mejor maestro, me afirmó los primeros pasos en el arte de narrar, a él mi reconocimiento, en la acera que esté. Llenar botellas no es hacer perfume, cualquiera, con buen pulso o con un embudo amarillo, puede verter líquido sin derramar. Hay que diseñar cada día nuevas botellas, nuevas esencias y aromas sin respetar normas algunas, mi querido jota ere.

"Stalinismo ambiental"

—A veces se te ubica en los ochenta y creo que es incorrecta la ubicación, porque comenzaste desde Constanza a dar a conocer tus trabajos en la primera mitad de los setenta, ¿no es así?

—Exactamente en el 1973, en el suplemento Artes y Letras, que hacía Marianne de Tolentino, en el Listín Diario (ese mismo día se publicaron también poemas nada más y nada menos que de Manuel Tejada, hoy destacado músico y compositor, y otros que aparecimos bajo el sugerente título de "Novísimos"). Ya vivía aquí, estudiaba Comunicación Social en la UASD. Realmente en Santo Domingo es donde comienzo a escribir, en Constanza hice periodismo. Sí, fundé junto a un grupo de amigos dos periódicos y orienté el nacimiento de un tercero. El de más resonancia de los dos en que estuve más activo, el más duradero fue El Ananké, de abril del 66 hasta mediados del 70, alrededor de 200 números que nos hicieron tener varios encontronazos con políticos oficialistas y militares del lugar; quizás ahí ande el germen de mis inquietudes literarias, ligado un poco a todo lo que significó la revolución que iniciaran en un barrio de Londres, John, Paul, George y Ringo, y, de este lado del charco, más al norte de Puerto Plata, gente como Frank Zappa, Allen Ginsberg, the Mother of Invention, Jefferson Airplane y otros tantos que nos obligarían a hacer un poquito de arqueología, a ver qué sale.

—De acuerdo. Entonces, veamos. Se habla poco de la promoción, generación o grupo de los setenta. ¿Es que de acuerdo a las reglas para establecer "generaciones" literarias, los setenta no existen como colectividad, si acaso como individualidades?

—Siempre he optado por dejarles esa discusión a los que se han proclamado, sin apelación, como abogados del caso. Me importa un comino ser o no ser de esta o de la otra... ¡como la quieran llamar! Mientras ellos se desbocan pontificando y echando pestes, estudio, pienso y trabajo, y, como te dije hace un momento, ustedes y los lectores se encargarán de esos asuntos. Pensándolo bien, soy huérfano en ese sentido, a finales o mediados de los setenta, se hizo un suplemento con los que formaban esa carnada: Diómedes Núñez Polanco, Odalís Pérez, Manuel Núñez, Denis Mota, Pedro Pablo Fernández y Aquiles Julián. Yo, igual que otros que ya para la época estaban publicando, no aparecí. ¿Funcionó el "stalinismo ambiental, nerudiano", todavía en franca y decadente boga? En los ochenta, ya es fiambre, según el "Síndrome de Cambio 16", soy un excelente publicista.

Un poeta del "joder"

—¿Y en tu caso particular, hay alguna vinculación de tu obra, de tus aristas literarias con los ochenta, con la forma de "pensar" literatura que tienen los integrantes de esa promoción literaria?

—"Pienso" que no. Soy un hombre marcado por la cotidianidad, algo muy desdeñado por la gente de los ochenta. Me importa muy poco la posteridad y la eternidad y quizás en una de las cosas que logro encontrarme con Octavio Paz (¡además de "mi vida con la ola!"), sino el máximo, uno de los principales "gurús" del grupo ochentiano, es cuando afirma: "La literatura verdaderamente falsa es la que se presenta disfrazada con los atributos de la eternidad y sus grandes palabras. El tejido de la verdadera literatura son los sentimientos y los sucesos cotidianos, el mundo relativo de cada día; sólo a través de lo cotidiano y lo relativo podemos entrever lo perdurable". Quizás más que un poeta del "pensar", siempre he sido un poeta del "joder" y prefiero, mil veces, zambullirme sólo un ratito, con una morena en un jacuzzi, a toda la eternidad de las aguas o el fuego de Heráclito. Me quedo con el viejo Diógenes -el cínico de Grecia- Voltaire y Nietzsche, cuando me canso de la filosofía del chinero de la esquina. Cuando quiero poesía, vuelvo a mi adorado Efraín Huerta, poeta nalgaísta por excelencia.

—Llegemos ya a tu más reciente libro. Me parece que es la reunión de los cuentos que contienen

tu más gravitante obsesión de los últimos años en tu trabajo como narrador, Julia. Con ella has ganado premios, has creado un personaje en la nueva literatura dominicana, has dado un material para una exposición de pintura de Maritza Álvarez y has acabado finalmente metiéndola en un libro. ¿"Qué" es Julia? No digo "quién". Háblame de ella.

—Parafraseando a Aquiles Julián, te diré: Julia es... Julia, alguien. Un personaje que corre libremente por el libro, llenándolo de otras presencias. Pero antes, quizás deba decirte que este libro, que contiene cuatro cuentos galardonados en los premios anuales de Casa de Teatro ("Julia, Noviembre y estos papeles", 3er. Lugar, 1986; "Su nombre Julia", 2do. Lugar, 1987; "Alguien mueve los hilos del azar en esta mañana de verano", Mención de Honor, 1989 y "Alguien vuelve a llenar las tardes de palomas", Mención de Honor 1990), no es necesariamente mi más gravitante obsesión de los últimos años. Es más, está compuesto por las primeras narraciones que he escrito. Es un libro que, durante estos últimos cuatro o cinco años de espera y añejamiento, ha visto nacer otros -claro, sufriendo algunos cambios, podas, movimientos- que hoy están a la espera de ver la luz o en proceso de corrección. Es decir, que Julia es, o puede ser, mi carnet de identidad, mi puerta de entrada, mi talismán para conjurar todos los duendes que me ayuden a perfilar mi voz que clama en el desierto.

—Los personajes de tus cuentos, ¿de dónde salen? Lo digo por algunos -Che Canquiña, por ejemplo- que surge a veces inesperadamente en distintos cuentos.

—De mis dedos -creo que ya llevo dicho- que los toman del barro de estas zanjas sacrosantas de Canalda y Corporán.

—Tengo la impresión de que te gusta vencer la superstición. Tu libro último tiene trece cuentos. Te voy a hacer la última pregunta, que es la número trece. (Por favor, no me des motivos para otra más). La clásica: ¿tus planes inmediatos después de Julia, cuáles? ¿O eres un escritor sin planes? ¿Qué harás en lo adelante, poesía o cuento?

—Prometido, pero no te daré la clásica respuesta, no te diré que pienso viajar, casarme, bailar en el frente de un combo ni nada que se parezca. En estos momentos, en compañía de mis íntimos y cordiales enemigos (Rafael García Romero y Ramón Tejada Holguín), ando a la caza de un padrino que nos ayude a editar -precisamente- otro libro con trece relatos: "Y así llegaste tú, Aurora", cuento ganador del Tercer Lugar del Concurso de Casa de Teatro de este año; terminar de corregir otros tres libros más (con sus consabidos trece, cada uno); escribir uno que otro poema en las tardes de lluvia, siempre que sea jueves, se moje una muchacha frente al Mar Caribe y haya chocolate caliente en la terraza de El Napolitano y, por último, conseguir una entrevista con el Excelentísimo Señor Presidente de la República para decirle que esta mañana en mi casa, sorpresivamente, se fue la luz y así no se puede hacer literatura, ni vivir.

**(Última Hora, Santo Domingo, R.D., 1991)**